



Nicholas J. Cull, *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, 502 pp.

A mediados de 2008 nos llegó la noticia de que el académico británico Nicholas J. Cull había publicado su más reciente libro, que aborda el papel de la Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA, por sus siglas en inglés) en el periodo de la Guerra Fría. Una vez que conseguí un ejemplar me dispuse a leerlo con el objeto de comprender esta etapa fascinante en la historia de la diplomacia pública de Estados Unidos.

Mi impresión es que éste es un libro compuesto por imágenes históricas. Permítanme brindarles tres ejemplos de la “Guerra Fría cultural” que nos presenta la obra: en los años cincuenta del siglo pasado, la muestra fotográfica itinerante *The Family of Man* expuso momentos cotidianos de distintas culturas en diversas partes del mundo, como un ejemplo muy atractivo de solidaridad y cosmopolitismo. Los intercambios académicos florecían e intelectuales y estudiantes de todo el mundo eran invitados a conocer el pensamiento que se generaba en las universidades estadounidenses, a la vez que la radiodifusora *Voice of America* proyectaba incesantemente el discurso ideológico-cultural de la libertad y democracia con la intención de ganar “los corazones y las mentes” de audiencias internacionales. La Guerra Fría se libraba desde la trinchera cultural estadounidense. Estos ejemplos que ilustran parte de la historia

de la USIA han sido reunidos y analizados por Cull en su libro; nos hablan de la institución encargada de construir la diplomacia pública de aquella nación.

Conocemos la importancia de las percepciones en el contexto de la confrontación Este-Oeste. Sabemos que la ideología y la persuasión eran elementos nodales que movían el engranaje histórico de la Guerra Fría. Como nunca antes, la imagen que cada país construía de sí mismo y proyectaba a otros condicionaba la toma de decisiones geoestratégicas. No es sólo el poder militar el que define las batallas. Las percepciones e información también cuentan. Ésta es una de las principales aportaciones de esta obra: el uso y la manipulación de la información fue fundamental para mantener el estatus de potencia hegemónica.

En el caso estadounidense, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) recababa datos sobre acciones secretas, tamaño de arsenal, actores clave, debilidades, capacidades y recursos, etcétera, para enviarlos a los distintos ministerios de asuntos exteriores y de seguridad, con objetivos de espionaje y diplomacia militar. Por su parte, la USIA cumplía la misión también estratégica de comunicar intereses, puntos de vista e ideas “culturales” directamente a las sociedades de otras naciones. En este último caso se concentra la propuesta del autor, quien de forma reveladora ubica su análisis en las instituciones culturales y de información que realizaban acciones fuera del territorio estadounidense. *The Cold War and the United States Information Agency* refleja la voluntad de Estados Unidos por construir su imagen en el concierto de las naciones durante la Guerra Fría. El análisis centra su atención en la creación de un discurso sobre la representación de Estados Unidos en el exterior, desde el periodo presidencial de Harry Truman hasta el de Ronald Reagan, en una secuencia histórica que resulta muy didáctica para el lector. El libro hace una útil descripción de la historia

de los directores de la USIA, entre las que destacan la de D. C. Jackson, Ed Murrow y James Keogh, por ser líderes con un enorme carisma y sentido de misión, en momentos críticos de la historia estadounidense.

Como todo texto especializado, el presente libro cuenta con una sólida metodología basada en una historiografía de la propaganda, la cultura, la política exterior y la diplomacia. Ofrece una abundancia de fuentes que parten de una exhaustiva búsqueda en archivos históricos inéditos y entrevistas a veteranos retirados que, por su carácter oral, le dan una rigurosidad teórica y técnica insuperable. Sobresale la exhaustiva investigación realizada en documentos de los Archivos Nacionales, en cuya colección se encuentran los de la USIA World Collection que, por el volumen y la calidad de los documentos analizados, puede considerarse entre los mejores libros elaborados por investigadores especializados en el tema.

El concepto clave que guía la obra es el de *diplomacia pública*. Este término, como afirma el autor desde la introducción, fue creado en Estados Unidos en el periodo de Lyndon B. Johnson, como una estrategia de Guerra Fría, si bien las prácticas que lo conforman ya eran de uso común en otros periodos de la historia.

En una de sus mejores épocas, con Leonard Marks al frente, la USIA inicia una nueva etapa en la cual se marcaba distancia respecto a la óptica de manipulación propagandística al exterior (esquema que le atribuyen exclusivamente a la Unión Soviética), para transformarla en un elemento estratégico dentro de la política exterior de Estados Unidos, algo que debería llamar la atención en México. Para el autor, esta relación estratégica es la que justificaba la existencia de la agencia, su presupuesto y que acaba por caracterizarla como una institución con un perfil claro y de alto estatus dentro del aparato burocrático exterior estadounidense. A pesar de contar con claros éxitos en

algunas áreas de acción (jazz, bibliotecas Franklin, ballet, etcétera) y en ciertas regiones del mundo (América Latina, Europa del Este y Asia), comparto la extrañeza de Cull al ver cómo de forma inesperada la agencia desaparece en 1999, a finales del exitoso periodo de la administración Clinton.

Aunque se trata primordialmente de un libro histórico y de política exterior, que presenta casos empíricos suficientemente documentados, el autor no desiste de teorizar sobre la diplomacia pública, a la que clasifica en las siguientes líneas de acción: escuchar, defensoría, diplomacia cultural, intercambios académicos, así como medios televisivos y radio al exterior. Esta clasificación se sustenta en la forma en que se desarrollan las actividades en Estados Unidos y algunos países europeos, particularmente en este periodo histórico. Esto puede, por supuesto, desatar un interesante debate acerca de los límites y alcances de la diplomacia pública que, en mi opinión, sería deseable en otros foros. De momento, tengo la impresión de que la definición que Cull nos presenta es operativa y, en relación con este libro, funciona correctamente para describir las acciones estadounidenses, aunque no necesariamente corresponde al quehacer internacional de naciones como Francia o Canadá, donde las acciones culturales tienen un gran peso e independencia.

En el caso específico de la diplomacia cultural estadounidense, las actividades prioritarias desarrolladas por el gobierno de Estados Unidos fueron la apertura de librerías, la industria fílmica, las presentaciones de bailarines, músicos y las exhibiciones de arte; muy en especial fue el peso que tuvieron las exposiciones temáticas itinerantes, como se verá más adelante. Un caso que permite ver muy claramente el tipo de actividades que en este sentido se llevaban a cabo fue “La hora del jazz”, programa de la *Voz de América* que era transmitido seis días a la semana. Ésta era una manera de expresar a la opinión públi-

ca de otras naciones el sentido de libertad estadounidense en un ambiente de improvisación donde cada ejecutante aportaba y daba sentido a este género musical.

Como ejemplo de exposiciones itinerantes, Cull nos relata la importancia de la *American National Exhibition*, que se presentó en Moscú en el verano de 1959, merced a un acuerdo con la Unión Soviética. La exposición incluía la exhibición completa de la colección fotográfica citada al principio: *The Family of Man*; el *Circarama* de Disney; muestras de tecnología avanzada como televisiones a color RCA, la computadora RAMAC de IBM, y la presencia de voluntarios que respondían a todo tipo de preguntas sobre Estados Unidos en centros de información relacionados con la vida cotidiana de aquel país. De acuerdo con lo que nos refiere el autor, al final de la exposición más de 2.7 millones de visitantes soviéticos habían circulado por sus puentes, pasillos y pabellones. Sin duda alguna es un ejemplo revelador de las estrategias de influencia, persuasión y diplomacia estadounidense en la Guerra Fría.

En una época en la que Estados Unidos tiene una imagen en crisis debido a la guerra contra el terrorismo y la situación que presenta su economía, vale la pena tener en cuenta las acciones que debe hacer a corto, mediano y largo plazo que le permitan mantener su estatus en el medio intelectual, científico y artístico, y lograr la aquiescencia de otras sociedades atentas a su actuar en el mundo. Las cuestiones de política dura son, por supuesto, las que lograrán hacer un cambio en la situación internacional y en la manera en que esta última actúa en los ámbitos nacionales; con todo, será la forma en que se prefiera comunicar las acciones lo que le ayudará a mejorar su imagen en el concierto de las naciones.

En cuanto a México, el libro debería hacernos pensar en la necesidad de crear una agencia especializada que nos permita proyectar una imagen de país más acorde con la política

exterior y con las necesidades de comunicación internacional propias. Esto es especialmente pertinente ahora, cuando México se encuentra en una encrucijada en la que temas como el narcotráfico, la violencia asociada con el crimen organizado, la migración y la crisis social tienden a llenar las primeras planas de periódicos y noticieros alrededor del mundo, sin que tengamos un área del gobierno de México que desarrolle de manera sistemática una labor de diplomacia pública y cultural.

Además de su ilustrativa lectura, el libro es un buen pretexto para pensar si una agencia parecida a la USIA es deseable para México en la era de la globalización.

Karina Olivares Jara